

Y bien, si el campo de los sonidos es, por esta incorregible deficiencia sensoria, terreno vedado para ellos, permanecía abierto á su vivaz ingenio y á su original buen gusto así como á su actividad creadora el campo de las formas y los colores, y ambos se dedicaron á la pintura con todo el entusiasmo de sus corazones.

Si al principio los estudios que hicieron en una popular escuela de arte, y luego los cursos en la Academia de Madrid, sirvieron á los dos hermanos para aprender los rudimentos del dibujo y después para perfeccionarlos en la técnica de la pintura, fueron sobre todo los muchos meses pasados en París, estudiando horas y horas museos y exposiciones, y los que después pasaron visitando las más importantes capitales de Europa y las ciudades grandes y pequeñas de Italia, los que les dieron la visión clara y la conciencia segura del programa estético que, de vuelta á su patria, se propusieron desarrollar en sus cuadros, en los cuales se dan la mano el sentimiento de composición de los antiguos maestros y la representación realista y la característica acentuación de las figuras de la vida rústica de España de hoy, cuadros que llamaron desde luego la atención de los compañeros y de los conocedores de arte y produjeron al mismo tiempo vivos elogios y acerbas censuras, cosa que en lo general sucede siempre que se trata de una nueva, aguda y sutil sensibilidad artística.

Si hablo á la vez de los dos, es porque en verdad es bastante difícil todavía poder distinguir no sólo de primas á primeras, sino aún después de una observación atenta, en qué estriba la diferencia que exista entre la personalidad de uno y la del otro, en la obra interesante y característica de Valentín y de Ramón Zubiaurre.

Bien que la índole de los dos hermanos, meditativa y un poco melancólica en el primogénito, é impulsiva y vivaz (no obstante la enfermedad que generalmente contiene y reprime la alegría expansiva) en el menor, sea un poco diversa, el haber vivido siempre juntos y la conformidad de hábitos cotidianos, así como tendencias artísticas, ha hecho que la manera de Valentín se parezca de tal modo como inspiración, como composición y como técnica á la de Ramón y viceversa, que para acertar de cuál de los dos sea un cuadro, es preciso acercarse y mirar la firma que se encuentra en la parte inferior de éste.

Cierto que algún observador minucioso, paciente y agudo, lograría encontrar en su obra algunos caracteres diferenciales; pero es mejor esperar que, pasado el primer período de su común carrera artística, obligados tal vez por la existencia misma de sus mudables acontecimientos, á no vivir siempre el uno al lado del otro y á influenciarse mutuamente, se vaya desprendiendo la fisonomía clara y propia de cada uno.

*
* *

A los paisajes alpestres de la provincia en que nacieron sus mayores, á los caseríos agrupados, á las callejas escabrosas, á la población ruda y hoscá de las varias aldeas y de los muchos vi-

llorios de ella, tanto Valentín como Ramón Zubiaurre, han pedido la inspiración de los cuadros que hasta hoy han pintado.

La figura de los campesinos, de los artesanos y de los revendedores de fruta y pescado, se miran evocados con tal eficacia y tal vigor representativo de una despiadada virulencia de observación de detalles brutales y grotescos, que parece que se han propuesto poner en evidencia los caracteres que el hombre tiene de común con los monos, con los fantoches ó con las fieras, y dejan en quien los mira fija y prolongadamente, un recuerdo muy difícil de borrarse. Por lo demás, ese realismo rudo y vigoroso, sin que deje de observarse en sus cuadros el mérito no común del parecido y á la vez de rasgos de individual originalidad artística, aproxima á los hermanos Zubiaurre por una parte á la tradición más antigua y más sincera de la pintura española, y por otra los acerca á su ilustre conterráneo Ignacio Zuloaga, el cual posee además una fuerza transfiguradora y dramática de base mordazmente pesimista que da á las obras suyas más elaboradas y significativas un singular carácter literario, propio para impresionar aun á los ineptos por índole ó inexpertos por educación para apreciar y gustar la esencial belleza pictórica.

Tan escrupulosa, estricta y casi desesperante fidelidad á lo verdadero, obtiene una rara eficacia no sólo representativa, sino psicológica. Al contemplar ese no sé qué de severo, de concentrado que se transparenta en el semblante y en las posturas de los pequeños propietarios y de los tenderos enriquecidos, presuntuosos y prepotentes tiranuelos de los montañosos villorios inspiradores del pincel de los Zubiaurre y que éstos gustan de representar sentados gravemente junto á una mesa servida, vestidos con trajes que guardan formas secularmente tradicionales y que tienen en la cabeza, no sin cierta humorística gravedad, viejos sombreros de copa, mientras les circundan con tímida deferencia enfermos vagabundos y rascadores de guitarra, al contemplarlos, digo, vivimos un poco de su vida y penetramos en lo íntimo de sus almas que, á pesar del correr de los siglos y de las constantes mutaciones sociales, se han conservado, bajo tantos aspectos, muy semejantes á las de sus antepasados. Y así es como en otras telas de los Zubiaurre, su arte de admirable eficacia evocativa nos hace comprender la exaltación delirante y el abandono místico que se adivina en las pesadas genuflexiones, en los ojos piadosamente cerrados y en las manos juntas de las monjas que se apiñan orando junto al altar en que se alza la imagen aureolada de oro y circundada de flores de una madona.

Con el realismo minucioso con que son tratadas las figuras puestas en escena por los dos hermanos, contrasta la voluntaria inverosimilitud,—homenaje á una particular y bastante caprichosa necesidad de un pintoresco entre arcaico y popular—con que se establecen las dimensiones y relaciones entre los personajes del primer plano, los cuales forman los protagonistas del cuadro con aquellos, por decirlo así, corales, que se destacan en el fondo de árboles,